

 **CONACULTA**

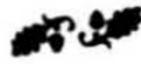
BIBLIOTECA DE MÉXICO

“JOSÉ VASCONCELOS”

# LA TRAICION DE CARRANZA

Por el General

Salvador Alvarado



Nueva York

1920

 **CONACULTA**

BIBLIOTECA DE MÉXICO

“JOSÉ VASCONCELOS”



## Quien es Venustiano Carranza

⟨CARRANZA nunca ha sido un revolucionario ni un reformador; nunca en sus conversaciones ni en documentos públicos o privados habló jamás de reformas ni de otra cosa que no fuera el restablecimiento del orden constitucional, del orden constitucional tal como él lo ha entendido.

En Veracruz, a instancias del miedo y realmente constreñido por los elementos revolucionarios, dió dos o tres decretos de carácter reformador, pero jamás pensó en cumplirlos, pues él ha sido el obstáculo infranqueable para que las disposiciones de esos decretos se pusieran en práctica. La prueba la tenemos en que el pueblo no ha obtenido la más pequeña ventaja, ni en tierras, ni en asuntos relativos al trabajo, ni en educación, ni en higiene, ni en ningún sentido.

Lo único que preocupa a Carranza como una obsesión es no dejar el poder, y para esto no ha cesado de intrigar un solo momento. Sus armas favoritas y únicas son la corrupción y la intriga. No cree en las fuerzas morales y tampoco cree que haya hombres honrados: sólo tiene fe en la fuerza del dinero y en la fuerza de las armas.

Carranza es un loco peligroso cuya locura consiste en no dejar el poder, cualesquiera que sean las consecuencias para el país.⟩

Veamos de qué manera ha procedido últimamente.

En primer lugar,⟨ha practicado la máxima maquiavélica: "divide y reinarás." En cada Estado ha procurado mantener la discordia entre los partidos locales o entre el gobernador y el jefe de las armas.⟩ Lo que más contrariedad le causa es que exista un lugar del país donde todo esté tranquilo y no haya dificultades. Si por alguna circunstancia hay en cualquier Estado orden y progreso, no descansa hasta crear los conflictos que hagan necesaria su intervención directa. Ahí están, para proclamarlo, Sonora, Tamaulipas, Nayarit, Michoacán, Coahuila, Yucatán, Tabasco, México, San Luis Potosí y todos los demás Estados.

Con la fuerza que le presta la *legalidad*, fuerza que le permite usar del ejército y de los fondos de la Nación, ha procurado anular a todos los hombres de valor real y substituirlos por los sujetos más incondicionales y serviles, a quienes lo único que interesa es tener dinero a manos llenas y gozar de impunidad para sus delitos.

A esta clase de gente que Carranza necesita para su obra de infamia, nada importan las reformas, ni la organización, ni la moralidad, ni nada sino sus placeres, sus orgías, sus negocios, sus abusos. Verdaderos mercenarios, son capaces de todo; en habiendo vino, naipes, mujeres, dinero e impunidad, lo demás no les importa ni están en aptitud de entender nada que no sea la satisfacción de sus vicios.

Así, lenta pero incesantemente, Carranza ha ido eliminando a todos los que son capaces de sentir, de pensar, de opinar, o capaces de cualquier acto que revele su personalidad, hasta quedar solo con los *incondicionales*, así en lo militar como en lo civil.

Para servir a Carranza en sus últimos tiempos, es preciso estar ciego o haber perdido hasta el mínimo átomo de dignidad y de vergüenza; se necesita para ello ser un ciego instrumento, sin más cualidades que la obediencia pasiva y un servilismo que llegue hasta la ignominia.

Esa es su obra de corrupción y de la que más se precia.

Ha intervenido en todas las elecciones, imponiendo por la fuerza y cada vez más descaradamente a los gobernadores contra la manifiesta voluntad del pueblo, hasta llegar a contar con una gran mayoría de bribones incondicionales al frente de los Estados; y cuando a pesar de sus intrigas no ha logrado — como en Zacatecas, Michoacán, Tabasco, Yucatán y Sonora — imponer al gobernador que él quería, no des-cansa hasta crear dificultades.

En Tabasco hizo cuanto pudo por imponer a un gobernador. No habiéndolo logrado por la energía de aquel pueblo, dió un *cuartelazo*, entregó el gobierno a los amigos de su protegido, y si tuvo que deshacer esta infamia fué sólo por la actitud decidida del gobierno legítimo de dicho Estado y por el mucho ruido que la prensa independiente metió: no hubo más remedio que deshacer lo hecho, pero no se castigó al jefe federal ni hubo, ni siquiera por simple fórmula, intento alguno de averiguación judicial. Y derrotado en su propósito, no ha cesado por un minuto de intrigar contra aquel gobierno.

El caso de Yucatán es también típico de su manera de obrar. Un Estado rico, próspero y con un gobierno que no dependía de él, no podía consentirlo, y no ha habido resorte que no toque en lo político, en lo económico y en lo militar para destruir la fuerza de ese Estado, hasta lograr hundirlo en la miseria y el desorden. El Estado de Yucatán en 1918 presentaba uno de los aspectos más satisfactorios para el país y para el Gobierno de la Revolución. La Revolución creó allí un gran bienestar con la lucha que sostuvo con los especuladores durante tres años consecutivos. A virtud de esta lucha, el Estado pudo

recibir todos los beneficios que le correspondían por el precio del henequén en los mercados extranjeros. La enorme fuerza económica de este Estado no podía menos que despertar las envidias y los celos de Carranza. ¿Cómo había de tolerar que hubiera un Estado próspero y tranquilo? ¿Cómo era posible que aquella tremenda fuerza económica y política subsistiera como una viva acusación, como una protesta, ante la ruina general que su espíritu destructor mantenía en el resto del país? ¿Cómo podía tolerar su alma mezquina que hubiera en el país un papel moneda garantizado y que circulara y fuera canjeado sin la menor depreciación? ¿Cómo era posible que soportara la afrenta de que hubiera una organización financiera en el país, con barcos, ferrocarriles, bancos y crédito? Esto no era posible tolerarlo, pensaba Carranza, y además esa prosperidad era una fuerza que podía ser usada en las elecciones contra sus pérfidos y criminales designios y por eso resolvió fría y deliberadamente arruinar a aquella región. No ha habido resorte que no toque: se alió con los especuladores y en complicidad con los enemigos del pueblo de Yucatán ha perpetrado el crimen de destruir metódicamente toda la fuerza de resistencia que el Estado tenía y la abundancia, el contento y la felicidad de ayer los trocó en ruina y desolación. La miseria que reina hoy allí bordea los linderos del hambre y bastardos intereses se enraizan y vigorizan ya con la amenaza terrible de provocar la separación del Estado de la Patria común.

Oídllo bien, Mexicanos, no lo olvidéis; si, como todo lo hace creer, la República se ensangrienta de nuevo; si por un momento llegan a reinar en el país la confusión y el desorden, esta circunstancia será aprovechada por esos intereses en contra de los intereses patrios. Ese es el nacionalismo de que tanto alardean los miserables rufianes que rodean a Carranza.

Ultimamente, para coronar allí su obra, impuso una legislatura por la fuerza de las armas, con el mayor desprecio de las leyes locales; y ha enviado jefes militares con la consigna de aterrorizar al pueblo. ¡Quiera el destino que no caigan sobre México las consecuencias de una conducta tan criminalmente traidora!

La administración de Carranza nunca ha sido progresista: antes bien, el país ha encontrado en ella el obstáculo más infranqueable para su adelanto y desarrollo. El tal gobierno no es una administración atenta a las necesidades del pueblo, sino una vasta conspiración para perpetuar el régimen de Carranza, con su círculo de pícaros.

Ahora, para la farsa sangrienta que se prepara y que piensan sus

autores hacer aparecer como una elección, so pretexto de que quería—lo mismo que se ha hecho en el ejército—que la administración fuera *imparcial*, comenzó por eliminar a todos los que tenían simpatía por cualquier candidato independiente: esta es la hipocresía más grande, pues todo el mundo sabe que basta a cualquier funcionario o empleado civil o militar manifestar su absoluta sumisión a los deseos de Carranza, para que entre en el círculo de los agraciados, de los consentidos y favorecidos.

Ha iniciado una intensa campaña para atraerse a los hoy levantados en armas contra su gobierno, ofreciéndoles reconocerles los grados que ostentan y admitirlos en el ejército. Si lograre que todos los rebeldes aceptaran esta proposición, presenciáramos el fenómeno de que los elementos procedentes de las fuerzas enemigas del gobierno actual estarían en mayoría en la composición de un ejército híbrido, formado por dos grupos bien definidos: el antiguo, dimanado del ejército revolucionario, y el nuevo, venido de los campos rebeldes; es decir, un perro y un gato metidos dentro de un costal. Ya existió una situación semejante cuando al triunfo del señor Madero quedaron en pie las partes que integraban el antiguo ejército federal y también las fuerzas revolucionarias. Como todo el mundo sabe, no tuvieron fin los choques y las fricciones, hasta que culminaron en el derrocamiento del señor Madero y en la tremenda guerra que sólo terminó cuando uno de los contendientes consiguió destruir al otro.

⟨No siendo Carranza ni revolucionario ni reformador, ha traicionado al partido que lo llevó al poder, pues ha sido el obstáculo más serio que ha existido para que las aspiraciones del país y de los hombres progresistas se realizaran; pero últimamente se ha descarado por completo, convirtiéndose en el paladín de los grupos conservadores y de las fuerzas retardatrices, como diciéndoles: "Yo soy vuestro hombre; no necesitáis buscar a otro, aquí estoy yo."⟩

Esta línea de conducta, que no es otra cosa que la traición más negra a su partido y a sus amigos, la ha seguido, en primer lugar, satisfaciendo sus aspiraciones reaccionarias, y después, para buscar apoyo en las fuerzas enemigas de su partido, ya armadas, ya simples fuerzas sociales.⟩

Estas traiciones nunca han dado resultado y la historia está llena de los fracasos de los que pretendieron ejecutarlas. Un hombre en política es tanto más fuerte cuanto más propiamente representa las aspiraciones del grupo que capitanea, y cuando se pasa al lado contrario o simplemente deja de representar las ideas y los intereses de su partido,

pierde toda su fuerza. Es interminable la lista de los Dumouriez y de los Comonfort, por no citar a los Opas, a los Condes Julianes y a los Arnolds; pero jamás ha faltado un Don Pelayo, un Hoche, un Wáshington o un Juárez que empuñe el estandarte caído de las manos de aquellos tráfugas.

En esta farsa criminal se están empleando todos los recursos del país, así el dinero como los ferrocarriles, los correos, los telégrafos, el ejército, la policía, los servicios de las oficinas públicas y el poderoso recurso de las decisiones administrativas y judiciales, ya dependientes de la Federación, ya de los Estados.

La obra de corrupción es tan vasta que apenas puede imaginarse. Nada escapa a esta tarea infame, criminal y traidora: los fondos de la Nación, los empleos, gajes, concesiones, privilegios y favores de toda clase se reservan para los cómplices; las persecuciones y la miseria para los que no quieren prestarse a las maquinaciones del gran criminal.

Ya se llegó a la creación de una numerosa policía secreta y de un extenso sistema de espionaje entre el ejército, entre los empleados civiles y en trenes, teatros, tranvías, barberías, hoteles, fondas y en general en todo centro de reunión. Este espionaje aterroriza al pueblo y difunde la corrupción, que las intrigas, los chismes, enredos, sospechas y acusaciones extienden hasta un límite inconcebible, pues ya se sabe que el espía no se limita a decir la verdad y a servir los intereses de quien le paga, sino que constantemente inventa planes, conspiraciones y complots, y como es natural, usa del triste poder de hacer el mal en beneficio suyo y para satisfacer sus pasiones y las de sus amigos. No valía la pena el haber hecho una revolución para que los traidores nos vinieran con descubrimientos tan enmohecidos como las candidaturas oficiales del Pequeño Napoleón, y la policía secreta y el espionaje de la Sección Tercera del Ministerio del Interior de Rusia, que, como todos sabemos, era una fuerza ciega que helaba hasta la médula a los rusos, pues nadie estaba a salvo de ella y era el agente del terror, de las persecuciones, de las deportaciones a Siberia, de los calabozos y mazmorras de las fortalezas y, finalmente, de la muerte.

Para que se comprenda en toda su extensión la infamia de Carranza es necesario no olvidar dos cosas: primero, la oportunidad casi única que se le presentó de hacer el bien, y segundo, cuál será la herencia que deje como producto directo y exclusivo de su conducta criminal.

↳ Cuando en 1917 entró en vigor la constitución o, para hablar con más propiedad, concluyó el período preconstitucional, todo el mundo

esperaba que se iniciase una era de trabajo, de reconstrucción, de paz, de orden y de respeto a la ley.

Los elementos sociales honrados y amantes del progreso creyeron que iba a empezar la época de poner en práctica las reformas a la administración y de resolver todos los problemas, especialmente el de la educación, y se aprestaban, llenos de entusiasmo y de energía, a ayudar al gobierno.

Los conservadores, cansados de tanta lucha y desorden, creían que con el advenimiento del imperio de la ley cesarían para ellos las persecuciones y los atropellos de los tiempos de revolución; y aunque no eran amigos del grupo que estaba en el poder, se preparaban a darle su apoyo, ansiosos de paz y tranquilidad.

Los capitalistas pensaron también que iba a inaugurarse una era de orden y de garantías para sus intereses y se dispusieron a reanudar sus trabajos: todo el que tenía una hacienda, una fábrica, una mina o cualquier negocio, grande o pequeño, se dedicó a reorganizarlo en la creencia de que el tiempo de los desórdenes había pasado.

Los trabajadores no dudaron que con la reanudación de los trabajos vendría para ellos un período de prosperidad, de buenos jornales, de tranquilidad y mejoría.

Y por último, hasta los malos elementos del ejército y de la administración se resignaron a someterse a la ley y a suspender sus atropellos y robos, pues creyeron que al entrar en vigor la constitución no se les tolerarían sus antiguos abusos y escándalos: creyeron que ya no podrían, como antes, apoderarse de caballos, ganado y dinero, y que ya no podrían emborracharse y disparar balazos como antes, pues suponían que al entrar en funciones los tribunales irían a dar a la cárcel; y no tan sólo estaban conformes con que concluyera el desorden sino que, bajo la influencia del espíritu de fe y optimismo que reinaba, se proponían ayudar también.

Había, pues, en todas las clases sociales una fuerte corriente de esperanza, de confianza y de espíritu de progreso y reconstrucción. Todos estaban dispuestos a cooperar con el gobierno. Se esperaba que éste iniciaría una enérgica campaña de reorganización, de purificación y de trabajo, y que para realizarla aprovecharía todos los elementos de cultura y de honradez del país, sin distinguir credos ni banderías, a fin de que poco a poco fueran borrándose los odios y las diferencias que habían dividido a la familia mexicana; pero con la mayor de las decepciones se vió a los dos años de gobierno de Carranza que no era la paz,

ni el progreso, ni el bienestar del país lo que preocupaba a este hombre, sino la manera de perpetuarse en el poder.

Por tanto, es necesario tener presente que no era difícil encarrilar al país por la senda del adelanto y la prosperidad. Todo el mundo, por el contrario, estaba resuelto a ayudar; pero este hombre no ha querido que hubiese reorganización, moralidad, paz, trabajo ni nada, aparte de sus intrigas. Él ha sido el único obstáculo para el progreso y desarrollo del país, pues ha mantenido la revuelta, con enorme pérdida de vidas y dinero, y lejos de aprovechar los mejores elementos del país para organizar una administración eficaz, económica y moralizada, ha procurado anular y perseguir a todos los hombres honrados y amantes del progreso y ha corrompido a cuantos ha podido.

Si se piensa por un momento en lo que México pudo haber hecho con una administración progresista, aprovechándose del estado de ánimo que reinaba en el país, de las favorables circunstancias que creó la guerra europea y que hubieran permitido arreglar todas las diferencias pendientes con los aliados y utilizar la buena disposición de la administración pública de los Estados Unidos para resolver toda dificultad con este país, entonces es cuando se comprende todo el mal que este malvado ha causado a la Nación.

Otros países latinoamericanos están prosperando rápidamente. Millones y más millones de pesos están entrando a esos países y cada día nuevas empresas se establecen en ellos y su progreso va en marcha acelerada, mientras nosotros tenemos ante la vista un presente lleno de intranquilidad y de zozobra y un porvenir preñado de amenazas, como resultado de la locura criminal de este retrasado.

Si Carranza hubiera dejado a los hombres honrados y capaces gobernar México, si no hubiera impedido a los mexicanos organizar el gobierno y la administración de su patria, con toda clase de intrigas y maquinaciones; hoy no presentaría México el triste cuadro que el extranjero censura y compadece y que ha creado en él la impresión de que somos un pueblo incapaz de gobernarnos. Y este es seguramente el crimen más grande de que debe acusarse a Carranza, pues, en su afán de justificar su dictadura, ha desgraciadamente confirmado en el extranjero la idea de que México no puede gobernarse por sí mismo y que necesita estar en tutela para vivir en paz y prosperar, es decir, bajo la dictadura o bajo la intervención extranjera. ¡Qué cuadro más hermoso presentaría hoy México, de paz, prosperidad y riqueza, si no se hubiera impedido con bastardos fines el desarrollo de las nuevas fuerzas

sociales nacidas al calor de la legalidad que estableció la constitución de 1917!

No es cierto, como alega Carranza, que en México no haya personal idóneo para organizar una buena administración. En México hay muchos ingenieros civiles, abogados de ideas modernas, hombres de negocios y de administración que han viajado y estudiado mucho y que estarían dispuestos a prestar sus servicios a un gobierno de carácter verdaderamente nacional; pero Carranza no quiere hombres honorables y de ciencia, no quiere a nadie que valga algo por sí mismo, y su más horrible pesadilla es que alguien pueda distinguirse o sobresalir, pues su alma pequeña, torva y llena de celos y de envidia, comprende que no puede sostener ninguna comparación con hombres de valor y de mérito. No por otra causa ha retirado de su gobierno a todas aquellas personas que por su energía, su talento y su capacidad hubieran llamado favorablemente la atención de los mexicanos y adquirido popularidad y fuerza política. Ahora bien, como todos sabemos, los progresos del mundo se han debido siempre a los esfuerzos de un reducido grupo de hombres enérgicos y amigos de la evolución. Así en las ciencias como en las religiones, así en las artes como en la industria y en todos los órdenes de la humana actividad, los adelantos, los descubrimientos, el progreso, en una palabra, se han debido a Colón, a Pascal, a Newton, a Fulton, a Edison, a Washington, a Bolívar . . . y si pensamos que Carranza emplea todas sus fuerzas y todos los elementos del país para evitar que los hombres de carácter surjan y para estorbarles el camino, se comprende fácilmente lo inmenso del mal que está causando.

⟨De toda esta labor de intriga y corrupción no puede salir más que la desmoralización completa de nuestra vida pública y de gran parte de la privada, pues nadie ignora la tremenda influencia que ejercen los actos del gobierno en pueblos de formación comunista como México, y de las condiciones políticas y sociales que en ese país prevalecen.⟩

Además de esta desmoralización y de sus hondas y prolongadas consecuencias, hay que tener en cuenta que este hombre infernal mató la ola de entusiasmo, de confianza y optimismo que invadió al país al terminar el período armado de la revolución, y el pueblo volvió a perder la fe, creyendo, al menos por esta generación, que no existe la virtud, ni la honradez ni las fuerzas morales y que no hay ni puede haber hombres de honor. El desengaño que el pueblo ha sufrido con Carranza y sus secuaces, le han hecho perder esa fe, y como Carranza ha eliminado a toda la gente de bien y ha estimulado la corrupción hasta un límite increíble, la gran masa de la sociedad, escéptica y descreída por

esta acción de Carranza, piensa que no hubo en la revolución ni un solo hombre honrado y por lo tanto se ha entregado a un fatalismo horrible, suponiendo que no tenemos remedio, que somos un país de bribones.

Si volvemos los ojos a la situación económica de México, la encontramos convertida en un caos horrible, y este caos es obra de Carranza.

Llevado de su curiosidad y travesura, el niño rompe el reloj, tratando en vano de averiguar cómo se mueve; decapita sus muñecos con la esperanza de darse cuenta del oculto mecanismo que los anima, y, para pasar el tiempo, ensucia las paredes de la sala, dibujando en ellas figuras grotescas; pero Carranza, no por curiosidad, sino para satisfacer su ambición, su codicia y sus perversas pasiones, ha destrozado fríamente los resortes del sistema económico nacional, ha guillotinado el crédito de la República y ha pintado los colores de la vergüenza en el rostro de la patria.

México, que antes figuraba en puesto de honor entre las naciones solventes, anda hoy, de bolsa en bolsa, mendigando en el extranjero los recursos que le son indispensables para rehacer su hacienda, su industria, su comercio, su agricultura; pero todas las puertas permanecen cerradas: todos temen, y con razón, encontrar bajo la raída capa del pordiosero que implora ayuda, el trabuco del despiadado salteador de caminos o el doble juego de libros del quebrado fraudulento.

Ni la misma Secretaría de Hacienda de México sabe a cuanto ascienden hoy las obligaciones de la República: sólo se conoce vagamente, con esa vaguedad intencionada de las cuentas de los malos administradores, que la deuda nacional ha aumentado en centenares de millones de pesos. Las arcas del erario federal — como las de los Estados — se hallan exhaustas, y día a día, minuto a minuto, las deudas se suman a las deudas y los déficits se amontonan sobre los déficits.

Carranza, sin embargo, ha duplicado y casi triplicado el presupuesto de ingresos, oprimiendo al pueblo con contribuciones verdaderamente confiscatorias: a fuerza de impuestos monstruosos, ha quebrantado la agricultura, ha paralizado la industria, ha maniatado el comercio, ha hecho casi imposibles hasta las transacciones más comunes y necesarias en un pueblo civilizado.

En cuanto a los bancos, que en todas partes son vistos como factor indispensable de la riqueza y prosperidad de las naciones y son objeto en todas partes de especial legislación defensiva, Carranza los ha declarado instituciones perniciosas y funestas para el bien público: los ha perseguido, los ha aniquilado, les ha arrebatado por la violencia moral y aun por la fuerza física todos sus fondos en metálico, suprimiendo de

golpe el crédito interior de México y haciendo retroceder el país a los tiempos de la edad media, al estado que apenas se encuentra hoy en ciertas agrupaciones semiprimitivas del Asia y del Africa.

Esa confianza del pueblo en la honradez de sus administradores, confianza indispensable para establecer los cimientos del sistema económico de una nación, no existe en México y será muy difícil, aun para el gobierno mejor intencionado, conquistarla en lo futuro: éste es otro de los crímenes de Carranza, pues sus funestas consecuencias no se limitan a su gobierno y a la presente generación, sino que entorpecerán la marcha de las administraciones venideras y envenenarán la vida de las generaciones que deben seguirnos. ¿Quién ha olvidado que después de poner en circulación por medios violentos el papel moneda constitucionalista que obligaba a recibir en pago de deudas contraídas en oro y plata, y después de declarar en cien decretos y manifiestos que ese papel constituía una "deuda sagrada" de la nación, no tuvo el menor escrúpulo en anularlo? ¿Quién no recuerda que de este modo hizo perder al pueblo de México una suma que jamás se ha conocido con exactitud, pero que sin duda asciende a más de mil millones de pesos, y que así condenó a la desesperación y a la ruina a la mayor parte de los habitantes de la República? El pueblo de México, sin embargo, se resignó, con esa suprema resignación de que tantos y tan nobles ejemplos ha dado, y se puso a trabajar de nuevo, sólo para ver frustrados sus esfuerzos mediante el formidable golpe que recibió con la funesta aventura económica del papel infalsificable, infernal invento de Carranza.

Entretanto, el país, sin crédito interior de clase alguna, sin bancos, sin circulación fiduciaria, sin ninguno de los poderosos elementos que la ciencia económica presta a los pueblos modernos, languidece en la inacción, sin más medio que una circulación metálica estrechísima, en lo absoluto insuficiente para satisfacer ni las necesidades más apremiantes de la vida diaria; circulación en que la plata, gracias a las torpes medidas y a la insaciable codicia del gobierno de Carranza, ha desaparecido por completo, substituyéndola el bronce, aun en las monedas de veinte centavos; en que el pueblo mira con recelo, que nadie puede condenar en vista de las lecciones de la experiencia, hasta las flamantes piezas de oro que a duras penas salen de la Casa de Moneda de la Nación; en que ya asoma de nuevo su conocida y odiosa faz el papel carrancista, necesario para levantar fondos con que sostener la campaña de imposición política que trata de llevarse a cabo; en que todo es confusión y desorden, intranquilidad y zozobra, gracias a un sistema monetario, si tal puede llamarse, que se altera cada cinco minutos,

aunque siempre en un sentido: reducir cada vez más, cuando no substituir, la cantidad de metal fino de las antiguas piezas de plata, reproduciendo así el milagro bíblico de los panes y los peces; esto es, sacando dinero de la nada, con sólo declarar que lo que ayer valía dos hoy vale cuatro.

¿Qué ha sucedido con el crédito exterior de México? Carranza lo ha matado, y bien muerto está. Los bonos mexicanos se cotizan a la cuarta parte de su valor y no hay quien se interese por ellos, ni siquiera el mismo gobierno nacional. Se perseveró en la política — que aun se continúa — de la suspensión indefinida del pago de los plazos vencidos y de los intereses de la deuda extranjera, precisamente en los momentos en que los acreedores de la Nación estaban más necesitados, precisamente en los momentos en que más convenía a México rehabilitar y sostener su crédito, cosa relativamente fácil de haberse logrado, con algo de economía, con algo de buena voluntad, con algo de patriotismo. Y sin embargo, el gobierno de Carranza, en plena bancarrota, en definitivo desprestigio, aun sueña con levantar empréstitos en el extranjero, aun tiene la desvergüenza de anunciar periódicamente en la prensa asalariada que están ya a punto de firmarse los compromisos respectivos . . .

¿Cómo es posible que los banqueros y los capitalistas de fuera del país pongan en la administración de Carranza un adarme de confianza, cuando su propio pueblo no se la dispensa? ¿Y como dispensársela ante el espectáculo de espantosa inmoralidad que en México reina en todo lo relativo a la administración de la hacienda pública? Esta inmoralidad ha traspasado los límites del escándalo y llega a la región de lo inaudito, de lo increíble. Apenas hay noticia de algún pagador que no haya desaparecido con los fondos encomendados a su guarda o a su manejo. El fraude oficial impera por todas partes. La rendición y la glosa de cuentas son puramente ficticias. Las expoliaciones de las aduanas, de las administraciones del timbre, de las tesorerías, de todas las oficinas colectoras de fondos son atroces, expoliaciones tanto más fáciles cuanto que se trata de un país en que no puede ni respirarse sin pagarle, "en nombre de la ley", algo al gobierno o a los que, adjudicándose su representación, despojan al pueblo: la administración de Carranza es una inmensa cloaca, un pozo negro ancho y profundo que todo lo devora, en lo que todo desaparece.

¿En qué consiste que habiéndose multiplicado las contribuciones y más que doblado los ingresos de la Federación, la Tesorería se encuentre sin dinero y el gobierno en completa bancarrota? Porque los caminos nacionales, los ferrocarriles, los telégrafos y el correo están en

pleno abandono; las obras de los puertos no existen; los servicios públicos todos están paralizados por falta de los elementos más indispensables; no hay auxilios de clase alguna para la agricultura, la industria ni el comercio; y la educación pública ha llegado al extremo de tener que cerrarse infinidad de escuelas, pues no hay dinero para pagar los míseros sueldos de los maestros.

¿Cuál es, pues, el paradero de los centenares de millones de pesos recaudados anualmente conforme a las leyes, amén de los que se recogen a despecho de ellas? Hay que preguntárselo a la campaña de intrigas y de corrupción que Carranza sostiene para perpetuarse en el poder: hay que preguntárselo a la gavilla de bandoleros que él capitanea y que a sus anchas merodean por las oficinas públicas de la Nación.

El territorio de Quintana Roo, está siendo explotado por una nube de negociantes que llevan sus productos a la Colonia inglesa de Belice donde pagan los derechos de exportación y explotación; así los bosques desaparecen y las riquezas se pierden sin ningún beneficio para el país. Aquella región tan rica está abandonada; una o dos pequeñas guarniciones y unos cuantos empleados son toda la representación nacional que allí existe. Para que se comprenda el abandono en que se encuentra aquella porción del territorio nacional, basta recordar que no existe ningún género de comunicación directa entre México y Quintana Roo; para ir de Veracruz a cualquier punto de la costa oriental de la Península Yucateca, se necesita embarcarse para Nueva Orleans y de allí tomar unos de los barcos fruteros que hacen el tráfico entre los puertos norteamericanos y Belice. El viaje cuesta más que lo que costaría ir de México a Petrogrado y una carta tarda tres meses en llegar de la Capital a Payo Obispo o Puerto Morelos, siempre dando vuelta por territorio de Estados Unidos e Inglaterra. Pensar que el gobierno de Carranza no ha querido destinar cinco mil pesos mensuales para subvencionar un servicio de vapores que haría viajes semanales entre Progreso y la costa oriental de la Península, y ahora no vacila en despilfarrar enormes sumas para tratar de ahogar la voz de la opinión pública e imponer a la nación un sucesor que siga su antipatriótica política!

Todos sabemos que la Baja California ha permanecido y aún permanece aislada del resto del país. Desde la caída de Huerta el Distrito Norte vive en un estado de semiindependencia o dependencia nominal del Gobierno del Centro.

Las circunstancias por que atravesó el país de 1913 a 1915 determinaron que una facción se apoderara de aquella región y hasta hoy

Carranza no se ha preocupado por estudiar y resolver tremendos problemas que cada día tienen que ser más graves y más complicados.

¿Pero a este hombre funesto y maldito, qué le importan los intereses de la Nación?

◀ Fácíl le hubiera sido, sin embargo, a este hombre aprovechar la singular oportunidad que para la América latina representó la guerra europea, sobre todo desde el momento en que los Estados Unidos se mezclaron en ella; oportunidad de que todos los países hispanoamericanos, con la triste y vergonzosa excepción de México, supieron sacar tan brillante partido. Y este cargo es acaso el más grave que pueda hacerse contra Carranza, porque el crimen de apartar deliberadamente a la Nación de la época de grandísima prosperidad que la suerte le ofrecía y a la que materialmente la arrastraba, es un crimen imperdonable, cuyas funestas consecuencias se han de sentir todavía durante varias generaciones. ▶

La demanda por los productos mexicanos era ilimitada y respecto de algunos de ellos, como la plata, el petróleo, las fibras y otros, puede asegurarse que México hubiera podido ser el dueño absoluto de la situación. ¿De qué le sirvió al país poseer las minas argentíferas más ricas del mundo? ¿De qué su cobre, su hierro, su plomo, su estaño, sus inagotables productos minerales, entre los que hay que buscar cuáles son los ausentes y no los que existen? ¿De qué, en proporción con su inmensidad, sus yacimientos de petróleo? ¿De qué sus ricos campos, sus fértiles tierras, en las que crece el 90 por ciento de los frutos conocidos? ¿De qué sus extensos pastos, sus dilatados bosques?

Si Carranza hubiera sido un patriota, si en vez de andar — con aviesos propósitos políticos — a salto de mata con algunos puñados de rebeldes hubiera emprendido entonces seriamente la obra de pacificación del país, como pedía el clamor universal, con un poco de orden, de garantías, de respeto a la ley, de protección al capital nacional y al extranjero, aquellos inmensos recursos hubieran entrado inmediatamente en producción y la prosperidad actual de México sería indecible. ¡Qué pena y vergüenza deben sentir los mexicanos al saber que una nación como Cuba, con una extensión menor que la de dos o tres Estados de México y con una población que es apenas la séptima parte de la de nuestra República, exportó durante la guerra a los Estados Unidos el triple del total de las exportaciones mexicanas! ¡Qué vergüenza y qué pena al comparar a nuestra patria con la Argentina, con el Brasil, con Chile, con otros países menores aún!

Esa perdida ráfaga de prosperidad hubiera bastado para restable-

cer el crédito del país; para pagar los réditos caídos y los plazos vencidos de la deuda extranjera; para devolver a los bancos los fondos de que fueron despojados; para dotar de modo conveniente a los ferrocarriles, de los que apenas quedan las mal clavadas vías, unas pocas viejas locomotoras y algunos carros inservibles; para reducir los impuestos, estimular la agricultura, ensanchar la industria, propagar la educación entre el pueblo, encaminar definitivamente a México por la senda del progreso y de la civilización.

Pero Carranza, lejos de aprovechar la oportunidad que el destino nos deparaba, hizo todo lo posible por frustrarla, y hay que decir que lo consiguió: ese hombre sentía y siente tristeza del bien de México. Su complicada y sospechosa política internacional puso al país en peligro entredicho y se empeñó en crear al capital, a la industria y al comercio, bajo la forma de impuestos, de taxativas, de prohibiciones, todos los obstáculos imaginables, ya no para su desarrollo, sino para la simple marcha vegetativa de los negocios. En vez de fomentar la agricultura, la minería, la extracción de petróleo, en una palabra, la producción mexicana, que desesperadamente reclamaban Europa y los Estados Unidos, le pareció mejor convertir al país en un inmenso asilo de turbulentos mendigos, condenando al pueblo a la inacción cuando más le importaba trabajar.

Algunos Estados, como Yucatán con su henequén y Tamaulipas con su petróleo — aunque en proporción pequeña dada la demanda y lo inmenso de los yacimientos — pudieron sacar partido de la situación; pero todo el mundo sabe que fué a despecho de Carranza y contra su voluntad y su intención manifiestas. Sabe todo el mundo que los productores de aquellos Estados libraban a diario desesperados combates con el Gobierno Federal, que se complacía en perseguir a las dos grandes industrias de México, las únicas que mantuvieron la exportación, las únicas que han permitido sobrevivir a la administración carrancista. Todo el mundo sabe como se las agobió a fuerza de impuestos, a fuerza de intrigas, a fuerza de torcidas combinaciones políticas; combinaciones, intrigas e impuestos que han producido al fin en Yucatán la ruina del Estado, como también la producirían en Tamaulipas, a no impedirlo la fabulosa riqueza natural de esa región que con tanta saña ha perseguido Carranza.

Moribunda la minería, agonizante la agricultura, empobrecidos y aniquilados el pueblo, el comercio, la industria, bajo el espantoso peso de abrumadoras contribuciones que no pueden pagar, las únicas entradas de consideración con las que cuenta la administración carrancista son

los formidables impuestos sobre la producción del petróleo y las sumas que le produce la explotación de los ferrocarriles que arrebató a sus legítimos propietarios y por cuyo uso y aprovechamiento ni siquiera intereses paga, sumas las últimas que ascienden a más de \$7.000,000 mensuales. Estas entradas, conseguidas unas en virtud de leyes antieconómicas, y las otras logradas por la retención ilegal e injustificada de bienes ajenos, es decir, por la coacción y la violencia, son las únicas que permiten sostenerse aún, agrietada y desplomándose, la vacilante fábrica de mentiras y de horrores económicos que hoy forma la llamada hacienda pública de México; y si llegaren a faltar siquiera por sesenta días, el gobierno carrancista se derrumbaría estrepitosamente, falto de los únicos elementos que le han permitido proseguir su campaña de corrupción.

Tal es en bosquejo, el sombrío aspecto de la situación económica en México; tal es la obra del hombre funesto que después de haber hecho de México un vasto cementerio, desea convertirse en perpetuo guardián de ese montón de ruinas que él mismo ha formado.

Este es el cuadro horrible que en México presenta la situación económica. El gobierno, sin embargo, gasta ríos de oro en propagandas favorables a la administración. A cada momento la prensa oficiosa pinta, como coronados de brillantísimo éxito, los mentidos esfuerzos a que el mismo gobierno pretende estar dedicado para rehabilitar las finanzas del país. A cada momento se habla de la próxima nivelación de los presupuestos; a cada paso se menciona la "prosperidad" de la República, se elogia la "obra de reconstrucción" emprendida, se ensalza el resurgimiento del comercio, de la agricultura, de la industria, debido todo a las "felices medidas" de la administración . . . Mas ¿de qué sirven estos criminales despilfarros? ¿A quién se pretende engañar con semejantes embustes? No a los acreedores extranjeros, que con adusto ceño y creciente impaciencia esperan desde hace tantos años el pago de sus créditos vencidos; no a los capitalistas de fuera de México, que saben mejor que nosotros a qué atenerse respecto de las verdaderas condiciones que en el país reinan y que nos vuelven las espaldas con mueca de desprecio y desagrado cuando vamos a invitarlos a invertir sus fondos en una tierra en que el capital no tiene garantías y en que la corrupción oficial lo envenena todo y todo lo aniquila. Pero tampoco puede engañarse a los mismos mexicanos, a las víctimas directas de los criminales desaciertos económicos de Carranza.

Y la mejor prueba de que el pueblo está consciente de la situación y de que no sólo no cree en su pronta mejoría sino que fundadamente

teme que todo se empeore en un futuro próximo, es el formidable e irrefrenable éxodo para los Estados Unidos, es la tremenda y atropellada emigración de mexicanos con dirección al norte. Asediados por la necesidad, empujados por el hambre, sin trabajo, sin sustento para sus hijos, sedientos de libertad y de justicia, enfermos de cuerpo, abatidos y sombríos, por allá van, en grandes grupos, en procesión interminable, a través de los desiertos campos y polvorientos caminos, cruzando las inmensas llanuras de la Mesa Central, bajando penosamente por las altísimas vertientes y dilatadas cuencas para ir a congregarse — doliente hacinamiento de carne humana — en las ciudades de la frontera, a la expectativa de poder cruzarla. ¿De qué les ha servido a estos hombres haber nacido en una de las tierras más hermosas, más privilegiadas del mundo? Llenos de desesperación se ven obligados a abandonarla, con la triste esperanza de encontrar en el extranjero lo que el gobierno de su propia patria les ha negado: paz, trabajo y justicia. ¡Qué pensarían al cruzar por las antes risueñas campiñas y hoy arrasados yermos, por las aldeas quemadas, por los pueblos en ruinas, por todo ese cuadro de desolación que la revolución dejó, la revolución por la que ellos tanto sufrieron, en la que también ellos derramaron su sangre por la conquista de los ideales que ahora huellan los mismos que ayer murmuraron a su oído engañosas promesas que los arrastraron a la lucha, que los hicieron sobrellevar la miseria y desafiar la muerte! ¡Qué dolor el de aquellos hombres! ¡Qué sangriento desengaño! ¡Pero qué responsabilidad, qué gran responsabilidad la del criminal que así lanza a un pueblo de su propia tierra! Y mientras para nuestra afrenta y vergüenza, se forman comités de auxilios en las ciudades americanas de la frontera para aliviar la situación de nuestros infortunados compatriotas y mientras la patria se desangra y se despuebla, y en tanto la doliente caravana continúa su marcha; el ritmo lento y sordo de sus pasos es coreado por las carcajadas de los felices, de los satisfechos, de la canalla ensoberbecida que derrocha en orgías y bacanales los dineros exprimidos de la miseria del pueblo y para que el contraste no falte, mientras unos sufren hambre y necesidades y visten de harapos, los otros hartos están de ricas viandas, de espumosos vinos y se alhajan de sedas, de pieles y de plumas, de oro y de diamantes.

Así, pues, la obra funesta y maldita de Carranza no se limita a daños materiales ni a su acción del momento, sino que ha envenenado la vida toda de la Nación, y las consecuencias de este envenenamiento no tienen límite conocido. Perdida la fe y el entusiasmo es muy difícil despertarlos de nuevo y la única salvación consiste en que en este mo-

mento se imponga la voluntad del país y se impida que la obra de Carranza continúe y se le dé al pueblo el gobierno que desea, para que puedan surgir las fuerzas del bien que luchan en contra de los males desencadenados por Carranza.

Fuimos nosotros a decir al pueblo que sus derechos eran colculcados, que la tiranía y la corrupción envenenaban el organismo nacional y que debía empuñar las armas, abandonar su hogar, su familia y sus bienes y arriesgar su vida para salvar al país, a SU país, de aquella ignominia, para que él o sus hijos pudieran gozar de los derechos y los dones de la Naturaleza en medio de un ambiente de paz, de libertad, de justicia y de bienestar; y aquel pueblo nos oyó, y en cumplimiento de las eternas leyes que guían a la humanidad, el hombre del pueblo, valeroso y arrojado, dejó a su mujer y a sus hijos, dejó su casita, dejó cuanto le era querido y marchó a batirse en persecución de esos fantasmas que siempre han arrastrado a los hombres y que son los agentes más poderosos del progreso: la perfección y la felicidad.

Este movimiento viril llevó a Carranza al poder; pero este hombre, si es que puede llamarse hombre a un ser tan profundamente malvado, desde el primer momento empleó todos los recursos del país y todas sus energías en destruir el valor civil, la independencia de las ideas y la fortaleza de carácter. Él, pensará, sin duda, que estuvo bien que el pueblo mostrara virilidad para arrojar del poder al régimen de Porfirio Díaz, pero que no debe existir ninguna virtud varonil en el pueblo después que él mismo se apoderó del gobierno. Por tal causa, las persecuciones y los atropellos se han empleado sin descanso para matar hasta el último asomo de valor civil; por eso no vacila en sacrificar a los mismos veteranos de la revolución cuando sospecha que contra él pueden volverse. Un solo ejemplo bastará para demostrarlo: deseando aniquilar a las fuerzas del Estado de Sonora que temía que pudiesen servir de apoyo a cualquier movimiento de protesta contra la obra de infamia que está desarrollando, ordenó que dos mil hombres de esas fuerzas marcharan al interior del país, y de allí las mandó a la región pantanosa de Tamaulipas, donde se están muriendo por falta de cuidados médicos y donde él procura que vayan acabándose en combates desiguales con los rebeldes, pues con toda intención se los distribuyó en pequeños destacamentos. Cuando esas fuerzas salieron de Sonora ya había síntomas muy serios de dificultades con los indios yaquis, y apenas salieron esas tropas cuando los yaquis se rebelaron y empezaron sus correrías, sus asaltos, robos y asesinatos, en especial contra las familias de los soldados y oficiales que habían sido sacados del Estado. En

concreto, no tan sólo se llevó de Sonora a un grupo de dos mil veteranos para matarlos deliberadamente, sino que estimuló a los yaquis a levantarse y cometer todo género de depredaciones, dirigidas particularmente contra los familiares de los bravos soldados que no han cometido más crimen que ser los supervivientes de cien combates librados en defensa de nuestros ideales. Y aquí puede decirse, sin exageración de ninguna especie, que Carranza ha matado a causa de sus intrigas a más de CIEN MIL mexicanos, sin contar a los que era necesario que murieran en la revolución propiamente dicha.

«A pesar de esa enorme pérdida de vidas, a pesar de la ruina total, moral y física en que se encuentra el país, Carranza no ha podido, NO HA QUERIDO pacificarlo todavía. La continuación de los desórdenes es esencial para sus siniestros propósitos: así se justifica la existencia de un gran ejército; así, los formidables gastos que éste demanda; así, el mantenerlo fraccionado por todo el territorio nacional, a caza de rebeldes que no hay deseo de aniquilar: basta con evitarles que se conviertan en adversarios realmente peligrosos; así se fomentan, en vez de aplacarlos, los disturbios, así se alientan los salvajes atentados que horrorizan y avergüenzan al país.» La misma "rendición incondicional" de jefes rebeldes que de tiempo en tiempo pregona y canta la prensa ministerial de Carranza, no son más que ruines farsas para engañar al pueblo: aquellos hombres no se han rendido; han pactado después de prolongadas negociaciones y de reiteradas instancias de parte de Carranza, que lo único que pretende es aprovecharlos como carne de cañón para sofocar cualquier movimiento de protesta que ocurra dentro del ejército — como forzosamente tendrá que suceder — al producirse el conflicto entre el pueblo y el gobierno, con motivo de la farsa sangrienta que Carranza está desarrollando. No es que se quiera que los rebeldes no se rindan; no es que se pretenda que la rendición de los rebeldes no es deseable; pero en la funesta forma en que se hace, apelando al oro, a los favores y a las intrigas, tal cosa es un peligro evidente para la República y encierra una terrible y constante amenaza para su paz orgánica.

De este modo mantiene Carranza al país en perpetua zozobra, en inextinguible ansiedad; de este modo allega elementos, de este modo toma posiciones, de este modo se prepara, en fin, para el último acto de la tragedia mexicana que, en su concepto, ha de consumir su nefando propósito: perpetuarlo a él y a los suyos en el poder.

Porque todos los actos de Carranza en estos momentos tienden a provocar un movimiento armado en su contra, que le de pretexto para

anular las elecciones y para justificar su actitud, acusando a los independientes de trastornadores del orden y enemigos de la constitución; y si ese movimiento de protesta no llegare a producirse, es muy capaz de promoverlo él mismo, para poder deshacerse de sus adversarios y desarrollar todos sus planes.

Él desea que se produzca ese movimiento antes de las elecciones, porque cree que así podría justificar todas sus infamias y porque cree que podría sofocarlo con facilidad, pues se supone omnipotente y extraordinariamente hábil, a causa de la adulación que lo ha hecho persuadirse de que llegó a la posición que tiene y ha vencido todos los obstáculos por su propia fuerza y sus méritos propios, y no porque representaba los intereses y las ideas del grupo progresista, cosa única que le permitió obtener la cooperación y el apoyo de la gran masa del pueblo y, sobre todo, de la parte más enérgica y decidida del país.

↳ Pero si por cualquier causa sus cálculos salieren fallidos y no pudiese dominar la rebelión — como no podrá dominarla — entonces le queda el recurso supremo: provocar un conflicto con los Estados Unidos, hacerse aparecer como el paladín de la defensa nacional y lanzar un manifiesto, pidiendo apoyo para su gobierno, predicando la unión de la familia mexicana y el olvido de pasadas diferencias y declarando, en fin, traidor al que no se someta. No hay ninguna razón para dudar de que así procedería, si se tiene en cuenta lo que hizo a su salida de México, cuando se creyó perdido; porque Carranza es capaz de todo, absolutamente de todo, hasta de sentirse patriota, pero con la condición de que él sea el Presidente.

Así labra este hombre funesto la desgracia de México. Como un pueblo sólo vale lo que valen sus componentes, resulta que matando por la fuerza y la corrupción todo aliento de libertad, de independencia de carácter y de valor civil, prepara al pueblo a abandonar todo espíritu público y a alejarse de las cuestiones de interés general, dejando en manos de quienquiera que se apodere del gobierno todo lo que se refiere a los negocios públicos y trayendo, por lo tanto, un estado de tiranía y despotismo, con su cortejo natural de desmoralización; pues los gobiernos no pueden ser buenos porque los gobernantes sean ángeles, sino por la honrada, constante y enérgica acción de los gobernados.

Muerto el espíritu público a manos de la decepción y de las persecuciones, no quedará en México sino un pantano habitado por gusanos. Tal es el ideal de Carranza. Él no puede vivir en una atmósfera pura. Su condición natural le exige un ambiente de cieno y podredumbre para poder existir.

La forzosa consecuencia de la obra de siete años de dominación carrancista no será otra que la más profunda degradación y la anarquía. Y cuando Carranza mire esa obra consumada, se sentirá satisfecho, como el espíritu del mal debe haberse sentido en Sodoma y en Gomorra.

Cuando Carranza contemple a su pueblo debatiéndose en medio de las contorsiones de la anarquía, presa de la miseria y en los últimos escalones de la degradación, soportando la afrenta y la humillación de ver sus puertos y ciudades hollados por el invasor extranjero, entonces el espíritu de Carranza se sentirá poseído del placer de los dioses; su alma se bañará en efluvios de suprema felicidad y se hundirá en el infierno, con el contento infinito de haber satisfecho completamente su irrefrenable inclinación al mal.

Mas no podrá librarse del implacable fallo de la Historia y de las maldiciones eternas del pueblo al que engañó y traicionó.

Marzo 10 de 1920.

## El Presidencialismo en México

LA dolorosa experiencia que el pueblo mexicano ha sufrido con Carranza, debe servirle para no volver a depositar una suma de poder tan grande en manos de un solo hombre.

Los males que acarrea una concentración de poder tan absoluta no se deben únicamente a las personas que ocupan la presidencia, reconocen como causa principal el sistema mismo.

Con ligeras variantes es igual que el presidente sea Santa Ana, Díaz, Huerta, Carranza, Pérez o Gómez. Para mayor inteligencia transcribo el párrafo relativo de mi folleto "El Problema de México":

"Principiaré por el presidencialismo que causa de muchos males, es a la vez efecto de nuestra desorganización social.

El Presidente en México tiene un poder sin límites. El Presidente dispone del ejército sin ley ni reglamento que normen su ingerencia en esta institución: él hace los ascensos, confiere los mandos, distribuye las recompensas y acuerda los castigos, exactamente como lo hiciera cualquier caudillo oriental.

Él dispone de toda la administración civil a su antojo y capricho. Lo mismo nombra un ministro que un gendarme. Él resuelve personalmente desde la concesión para construir una línea ferroviaria hasta el gasto de veinticinco centavos para pintar una ventana en el Territorio más remoto de la República. Él determina los impuestos y cambia a su antojo las tarifas aduanales, modifica las ordenanzas para la explotación del petróleo, de las maderas, de los metales, de la pesca, de las salinas, y acuerda las leyes para la navegación y decide de la jurisdicción de las aguas.

Él cambia a su antojo la ley de la moneda y emite papel moneda cuyo valor altera a su voluntad, y cuando le place declara que ya no vale nada.

Y cuando todo el mundo tira el papel que ya nada vale, declara que sí vale para pagar derechos aduanales, y luego cierra todos los bancos, y luego toma todas sus reservas, y luego se ponen restricciones a la libertad de exportar metales preciosos y luego se levanta la prohibición, sin que nadie sepa sino que se trata de "orden superior".

Él dispone a su antojo de todo el presupuesto de la Nación; él aumenta y disminuye sueldos, partidas, asignaciones.

Con esta suma de poder, él es quien hace las elecciones de senadores, diputados al Congreso General, gobernadores y diputados locales y magistrados. Para eso tiene a sus órdenes 100,000 soldados y para ello dispone de 200 millones de pesos al año y de todos los empleos civiles y militares, y de la resolución de todos los asuntos.

Esta tremenda concentración de poder hace que la posición, la fortuna, la tranquilidad y la vida de cada habitante nacional o extranjero de México, dependa de la voluntad de un solo hombre. Lo mismo es que sea banquero que jornalero, militar, profesor, comerciante, agricultor o industrial o empleado, o pobre o rico, o mozo o viejo. ¿Sois militar o funcionario público? De una plumada se hace vuestra fortuna o vuestra desgracia. ¿Sois hombre de negocios, banquero, industrial, comerciante o agricultor? Basta con una reforma a la tarifa para haceros rico o para haceros quebrar.

¿Quiere el Presidente arruinar a una región que produce algodón o henequén o plata o garbanzos o madera o chicle? Se elevan los derechos de exportación de los productos que se exportan o se declara libre la introducción de los similares extranjeros, hasta hacer imposible el negocio. ¿Quiere el Presidente hacer rico a un grupo de amigos? Es muy sencillo: fabrican papel, dinamita, telas, sombreros o cualquier artículo, y aunque no haya más que una pequeña fábrica en todo el país, se suben los derechos y todo un pueblo paga su dinero a unos cuantos favorecidos. Pero que no se le ocurra a uno de ellos tener una opinión propia que disguste al señor Presidente, porque su industria perece en veinticuatro horas: del cielo baja un rayo, en forma de decreto que declara la libre introducción del artículo de que se trata.

Se preguntará cómo puede suceder esto, si hay un Congreso y una Corte Suprema y Estados soberanos, con sus gobiernos propios, cámaras y tribunales.

No debe olvidarse que el Presidente dispone de grandes sumas de dinero y de todos los empleos, gajes, concesiones y mercedes para conseguir lo que desea por medio de la intriga y el soborno; pero si acaso fallan estos poderosos recursos, acude a las evangélicas y persuasivas exhortaciones del señor Mausser o de la señora Colt. De este poder absoluto no puede resultar más que el envenenamiento de toda la vida pública y aun de gran parte de la privada del país que lo soporta. Al grado de poder de que disfruta un hombre, tiene que corresponder el grado de intrigas, de bajezas, de adulación y de indignidades que hier-

ven en torno suyo para lograr su favor, que cada vez se obtendrá menos directamente, pues cada favorito y cada persona influyente tienen a su vez sus favoritos y protegidos, que a su vez tienen los suyos, y así indefinidamente, como en círculos concéntricos, se va difundiendo el virus de la corrupción hasta que infecta todo el organismo nacional.

No hay exageración ni pesimismo al decir esto, que no es sino una dolorosa verdad. A veces sucede que cuando no hay dinero en la Tesorería General de la Nación para pagar a los inválidos de la guerra ni a los maestros de escuela, se paguen de preferencia órdenes misteriosas al amante de la lavandera de la querida de un favorito.

Con todo, llega la época en que se acerca el día en que termina el período del presidente. ¿Pero cómo dejar el poder para no ser más que un ciudadano igual a los otros, sin mando y sin dinero y sin honores? Imposible; todo, menos esto. Y para no abandonar ese poder tan grande se desparrama el oro a manos llenas y se interviene en toda elección, ya municipal, ya de diputados, ya de gobernador. Se ponen en juego todos los resortes para colocar en todos los puestos de elección popular a los de confianza. Se depura la administración y el ejército y la marina de todo elemento que cometa el delito de opinar, y se destruye todo obstáculo que impida la realización de las maniobras que se preparan.

¡Conmigo o contra mí! Tal es la divisa. Si estáis conmigo, tenéis comisiones, empleos y favores, mando y dinero; si no secundáis mis planes, sois un enemigo y podéis esperar la calumnia, la miseria y las persecuciones.

—Pero es que hicimos una revolución precisamente en contra de una dictadura igual a la que se trata de implantar y nosotros mismos fuimos a levantar el ánimo de los ciudadanos para que empuñaran las armas e hicieran respetar sus derechos conculcados . . .

—Eso no vale nada; lo que importa es salvar la Patria!

—¿Mas cómo vamos a emplear los mismos procedimientos que combatimos, después de haber matado en nuestras guerras civiles a cientos de miles de mexicanos, después de haber dejado en la orfandad a un número todavía mayor de niños, haber sembrado por doquier la ruina y haber puesto al país en peligro constante de sufrir una guerra extranjera?

—¡Todo eso no interesa; lo que importa es salvar a la Patria!

—Sí, pero tenemos que cumplir las promesas de la revolución, y restablecer los bancos y arreglar nuestras deudas, y difundir la educación y reformar nuestras leyes y aliviar los impuestos y organizar

el ejército y la administración pública y hacer carreteras y puertos y mil cosas más. . .

—¡Nada de eso es urgente: lo que importa es salvar a la Patria!

—Pero puede desatarse una guerra civil. . .

—¡Tenemos suficientes soldados para reprimirla!

—Bien; pero esa nueva revolución puede dar pretexto a los intervencionistas para redoblar sus esfuerzos y podríamos poner al país en peligro de ir a una guerra extranjera.

—¡Tanto mejor si viene. Así se redondean nuestros planes. Al venir un conflicto con una nación extranjera se consolidará nuestro poder y a todos los que no nos secunden los declararemos traidores en el manifiesto que es de rigor publicar en tales casos!

Y así se olvidan todos los compromisos, todas las necesidades más urgentes del país. No importa que no haya una sola escuela, que no haya higiene, que muera a puñados la gente en las epidemias. Suceda lo que suceda, a nada se dará atención sino a la tarea inmensa, tremenda y absorbente de no dejar el poder.

No dejar el poder es la obsesión, la locura de nuestros presidentes, y para no abandonarlo organizan, no una administración atenta a las necesidades del país, sino una vasta conspiración con su natural cortejo de intrigas, de espionaje, de corrupción, de persecuciones, de asesinatos y de terror, que trata de convertir a la república en un cementerio donde nadie opine, ni piense, ni hable, ni estudie; donde toda dignidad, todo talento, toda personalidad sea un crimen; donde no quede otro camino a los ciudadanos que ser cómplices o rebeldes; donde no haya más una una divinidad que adorar; el *orden*; ni más aspiración que *salvar a la patria*.

El *orden* consiste en acatar la voluntad de nuestros presidentes sin juzgarla, sin opinar, sin pensar, cual si fuera un mandato divino; la *salvación de la patria* consiste en que el presidente se muera de viejo en el poder y designe a su sucesor.

Como se ha visto la acción del sistema presidencial, practicado en la forma que nosotros lo sufrimos, no puede ser más funesta para una nación. Mata el espíritu público, destruye en el hombre la confianza en sí mismo, la independencia, el carácter, la personalidad, la energía, el espíritu de empresa, el valor civil; en una palabra, aniquila toda fuerza moral y toda excelencia de carácter, que son los factores a que deben su progreso las sociedades, hasta convertir al país en un verdadero pantano, de donde no salen, ni pueden salir, otras emanaciones que las que acusan una profunda corrupción. Preciso es, pues, abandonar el

sistema. El parlamentario es el que nos conviene, pero con las restricciones que eviten el caer en el otro extremo; el congresismo anárquico y destructor. Esas restricciones son fáciles de adoptar en vista de la experiencia que los pueblos latinos han recogido al practicar este género de gobierno, como España, Francia y Chile. Sin esas restricciones el parlamentarismo no nos daría buenos resultados, pues no poseemos el mismo carácter ni la educación política de los ingleses.

Es pues preciso que el pueblo mexicano exija el establecimiento del sistema parlamentario que si bien es cierto tiene sus defectos e inconvenientes también lo es que posee dos virtudes cardinales:

Remueve la causa política más poderosa para las revoluciones, que es el presidencialismo y crea y prepara hombres para el gobierno.

Efectivamente, remueve la causa más frecuente de nuestras revoluciones porque con el sistema parlamentario, cuando hay un gran descontento o la opinión es adversa al gobierno no es necesario hacer una revolución para cambiarlo, basta un voto de censura del congreso para que caiga el ministerio, así vemos que en Francia, en Chile, en la Argentina no necesitan hacer revoluciones para cambiar sus gobiernos.

Prepara hombres para el gobierno porque siendo responsables los ministros, cuando caen van a engrosar las filas de la oposición en las cámaras y en la prensa y allí estudian, se alistan, se adiestran y hacen la crítica de los actos de los ministros que están en el poder resultando que cuando cae un ministro o un ministerio siempre hay suficientes hombres de gobierno para sustituirlos. Mientras que con el sistema presidencial que padecemos, nadie tiene oportunidad de ejercitarse en el arte de gobernar pues nuestros presidentes no quieren ministros, ni siquiera secretarios, exigen que sean amanuenses incondicionalmente adictos a su persona y tan nullos e impersonales que no despiertan las envidias, celos y desconfianzas del Presidente.

## 〈Carta Abierta al C. Venustiano Carranza

Señor Presidente:

Con mi carácter de revolucionario que expuso su vida para dar al pueblo mexicano bienestar y libertad; con el derecho que tiene todo ciudadano de una democracia para decir la verdad, y cumpliendo con el deber de evitar por todos los medios posibles que se violen los derechos del pueblo, se atropellen los principios por los cuales luchamos y en virtud de los cuales ocupó Ud. la Presidencia de la República, y se derrame otra vez la sangre mexicana en una nueva guerra civil; yo, que no soy candidato a la Presidencia de la República y por tanto no tengo interés personal en la lucha electoral, he decidido dirigirme a Ud. a fin de hacerle presente la situación por que atraviesa el país y de la que el Gobierno a cargo de Ud. es directamente responsable.〉

〈Desde que Ud. ocupó la Presidencia de la República, el pueblo vió dibujarse dos candidaturas viables para sucederle: una, la del señor General Pablo González, otra, la del señor General Alvaro Obregón. Estas dos candidaturas fueron precisándose en la conciencia pública como las únicas que iban a disputarse el triunfo en la futura lucha electoral, y los revolucionarios fueron colocándose de uno y otro lado delineándose claramente dos partidos políticos que si bien personalistas, en cambio perfectamente definidos en aspiraciones y tendencias: uno netamente popular y cuyo fin principal es definir y continuar el programa de la revolución; el otro, con un programa de conciliación con los intereses creados y privilegios extranjeros, pero, de todos modos, dos tendencias respetables, porque buscaban el apoyo del pueblo como base para su triunfo o motivo de derrota.〉

〈Para mí, que consideré un deber abstenerme de toda ingerencia en la lucha electoral, en la forma en que se iniciaba, ambas tendencias, si respetables y merecedoras de consideración, tenían el inconveniente de dividir el partido revolucionario y así, en una carta abierta dirigida a Ud., señor Presidente, y a los candidatos mencionados, pedí y supliqué que ambas fracciones del partido revolucionario se unieran en una sola poderosa agrupación para elegir en una convención al candidato que

debiera ocupar el poder a base de continuar el programa emanado de la sangrienta lucha que para derrocar a los regímenes dictatoriales sostuvo el pueblo mexicano. Usted, que, como Jefe del Partido Constitucionalista, pudo haber unido a todas sus ramas haciendo sentir su poderosa opinión; usted que, con la influencia de su personalidad, pudo evitar el desmembramiento del partido revolucionario, no tan sólo no hizo nada para ello, sino que fomentó la división y, al fin, a pesar mío y de muchos revolucionarios, las fracciones ya mencionadas continuaron sus trabajos separadamente, hasta que en respectivas convenciones fueron aprobadas sus candidaturas y correspondientes programas de Gobierno, quedando así deslindado el campo político y encauzada la lucha electoral que debía culminar con la derrota de alguno de los dos contendientes y la victoria del otro. El país se aprestaba a la lucha electoral; no se veía ya peligro de guerra civil; las agrupaciones políticas de ambos partidos se dedicaban pacíficamente a su propaganda cuando, bruscamente, en medio del asombro general, surgió una candidatura oficial que tiene el apoyo de Ministros, Gobernadores y Diputados, y que resulta como una cruel bofetada aplicada al rostro de nuestra naciente democracia. Y esto, señor Presidente, es imposible que se verifique, es absolutamente necesario que no llegue a consumarse, porque mataría el principio de legalidad que ha sido el más fuerte sostén de su Gobierno, y produciría una nueva guerra civil. Al lado de cada hombre que ocupa el Poder están los ambiciosos, los aduladores, que a cada momento llenan los aires con sus protestas de lealtad y de adhesión, sin perjuicio de esconderse como liebres al primer grito de alarma o al primer tiro de fusil. Esos aduladores, cobardes pero arteros, están seguramente halagando los oídos de usted con toda clase de sofismas y de burdas mentiras. Seguramente, ellos le dicen a usted que el único medio de evitar la guerra civil es imponer un candidato que no sea ninguno de los que desde un principio existen; ellos, seguramente, le dirán que es necesario que un civil ocupe la Presidencia y no un militar, y otras muchas cosas más por ese estilo, pero que, en realidad, sólo son mentiras encaminadas a engañarle para mantenerse ellos en sus puestos y seguir disfrutando el favor oficial colocando en el Gobierno a un hombre, sin prestigio y sin partido, que lo deba todo a ellos y les permita, por tanto, tomarlo todo y continuar aprovechando sus concesiones y beneficios; pero, usted, señor, no debe hacer caso de ellos; debe despreciarlos y darse cuenta de la situación política y militar del país. Por esta razón, convencido yo del error inmenso que está

usted cometiendo, le dirijo ésta, esperando que se dará cuenta de la verdad y obrará en consecuencia.

Señor Presidente: no es verdad que el señor Bonillas tenga partido en la República como candidato a la Presidencia; en el país, señor, nadie lo conoce; esas agrupaciones de última hora formadas en varios Estados y en la Capital para postularlo, no son en realidad más que agrupaciones de empleados públicos que están ansiosos de ganar la benevolencia de sus superiores trabajando en lo que se les ha ordenado. No es verdad, tampoco, que se esté procurando la libertad de sufragio, no es cierto; se está conculcando vilmente esta garantía sagrada; en todas partes se está imponiendo por la fuerza la candidatura Bonillas, y los ciudadanos que no se prestan a esa imposición son atropellados sin que les valga su carácter de revolucionarios, Gobernadores o Diputados. Precisamente, y por haberme manifestado francamente opuesto a esa imposición, he sido arrestado diez días como un criminal en un carro de ferrocarril y luego puesto en libertad sin hacerme saber siquiera por qué fui preso. En los Estados se ha impuesto a Gobernadores y Congresos, porque se han comprometido a apoyar la candidatura Bonillas, escarneciéndose de esa manera el principio del sufragio efectivo que desde mil novecientos diez fué la bandera de la revolución, al abrigo de la cual ocupó usted la Presidencia de la República.

No es cierto, señor, que el pueblo sienta repugnancia por candidaturas de militares, como las de los señores González y Obregón, porque todo el pueblo mexicano sabe que ninguno de ellos es militar profesional en el sentido exacto de la palabra, sino que son civiles que se armaron para evitar que se consumase la traición de Huerta y para servir a la revolución encabezada por usted; no son más que ciudadanos armados, tan civiles, señor Presidente, como lo era usted cuando ostentaba el título de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Por tanto, son injustos los cargos de militaristas que hoy se pretende hacerles por el hecho honrosísimo de haber expuesto su vida en defensa de los derechos del pueblo mexicano.

Ahora bien, las consecuencias de la imposición que tan descaradamente se está llevando a cabo, son, señor, en primer lugar, la muerte definitiva de la democracia, pues se sentará el precedente de que en México no se harán nunca elecciones libres y se justificarán las Dictaduras de Díaz y de Huertas; en segundo lugar, seguramente los ciudadanos cuyo derecho de sufragio va a conculcarse, no aceptarán, humildes, la imposición y se levantarán en armas, y aún suponiendo sin

conceder, que el gobierno a cargo de usted consiga dominar el levantamiento, siempre quedará el nuevo gobierno tachado de ilegal, y a la primera oportunidad se efectuarán nuevos levantamientos que seguramente se sucederán en todo el período del señor Bonillas y que mantendrán a la nación en un estado tal de agotamiento, miseria y desesperación, que quedaremos a merced de la guerra extranjera volviendo a ser nuestra patria el México de 1830 y repitiéndose, tal vez, los tristes episodios del 63, cuando tuvimos que soportar la vergüenza de la intervención extranjera.

Y por eso, señor, yo invito a usted a reflexionar, a dar un paso hacia atrás en la senda por donde ha emprendido. No sueñe usted con un sucesor; deje a cada ciudadano emitir libremente su voto; proceda de manera que los partidos políticos puedan convencerse de la imparcialidad del gobierno; devuelva al señor Bonillas a su puesto de embajador en Washington; cese usted de imponer Gobernadores y Congresos en los distintos Estados para conseguir adhesiones presidenciales, y entonces, cuando deje el alto puesto que hoy ocupa para retirarse a la vida privada, saldrá usted tan grande como Washington y no manchado con el estigma de la más negra de las traiciones. De lo contrario, señor Presidente, usted llevará sobre sí toda la sangre que se derrame a consecuencia de la maldita y funesta imposición que está ya efectuándose, a pesar de las protestas de todos sus verdaderos amigos, de todos los hombres de bien que creímos lícito derramar la sangre de los mexicanos para darles libertad y bienestar.

Sé que esta carta no agradará a usted; pero no puedo dejar de escribirla, porque tengo la obligación de hacer todo lo que humanamente sea posible para evitar que se consume ese atentado incalificable, cuyas consecuencias no es posible medir; pero que nadie duda pueden ser de las que acarrearán las más tremendas desgracias a la Nación.

S. ALVARADO.

Monterrey, N. L., Abril 3 de 1920.

## El Por qué de la Nueva Revolución

LOS hombres más patriotas y enérgicos de México apoyaron a Venustiano Carranza en mil novecientos trece, porque al protestar contra los crímenes de Huerta, apareció como un hombre de carácter ansioso de continuar la reforma iniciada por Madero.

Después de la ruptura de Carranza con Villa, estos hombres decidieron apoyar a Carranza, porque creyeron que la separación de Villa representaba un esfuerzo de los reaccionarios para evitar el establecimiento de las reformas proclamadas por la revolución de 1910 y que el pueblo mexicano desde entonces estaba tratando de establecer.

En mil novecientos diez y siete, después del triunfo y de la expedición de la nueva constitución, esos mismos hombres, agrupados en el Partido Liberal Constitucionalista, sostuvieron a Carranza como su candidato para las elecciones presidenciales, con el objeto de que el Partido continuara unido, permitiendo así el establecimiento de un gobierno fuerte que fuera capaz de resolver los graves problemas de toda índole que ocupaban entonces la atención nacional.

Carranza en vez de cumplir con su misión y de utilizar el poder de que fué investido para implantar las reformas que habían motivado la revolución y establecer así para siempre en la República la paz orgánica, ha empleado todos los recursos de la Nación en desarrollar sus planes para mantenerse en el poder. Para conseguir este fin ha empleado el ejército, los ferrocarriles, el tesoro público, los telégrafos, los correos y toda la máquina administrativa; ha impuesto por la fuerza en los Estados Gobernadores y Congresos; ha corrompido a todos los que ha podido con empleos, comisiones e inmorales privilegios y ha destruído a todos los elementos capaces y honrados que no ha podido corromper. Todo lo ha sacrificado Carranza a su afán de mantenerse en el poder: ha impuesto descaradamente los gobiernos de los Estados de Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, Campeche, Nuevo León, Tamaulipas, Coahuila, Jalisco, Veracruz y otros Estados; en donde no ha podido imponer a sus favoritos, como ha ocurrido en Yucatán, Tabasco, Nayarit, Zacatecas, Michoacán, Hidalgo y Sonora, no ha dejado de causar toda clase de dificultades políticas y económicas: ya, como en Yucatán, imponiendo por la fuerza un llamado Congreso y

arruinando la riqueza del Estado, destruyendo la Comisión Reguladora del Mercado de Henequén; ya, como en Nayarit, deponiendo al Gobernador del Estado ilegalmente o, ya como en Sonora, haciéndolo invadir por la fuerza federal al mando del General Diéguez para derrocar al Gobierno Constitucional del Estado; sin respeto alguno a las leyes ha preso, encarcelado y aun fusilado a ciudadanos, protegiendo descaradamente todos los abusos de sus favoritos; sin freno y sin ley ha destruido la libertad política y la individual de los Mexicanos; todo para conservarse en el poder contra los mandatos de la Constitución.

El Estado de Sonora, cuando tuvo noticia del plan de Carranza hizo todo lo posible para evitar pacíficamente que se le atacara y se destruyera su soberanía; las negociaciones entabladas por el Gobierno del Estado con el Gobierno Federal continuaron por un mes; pero en vista de que Carranza no cesaba en sus preparativos de invasión, concentrando fuerzas federales en considerable número en la frontera del Estado, el Gobierno de éste, de acuerdo con los principios de nuestra Constitución y con la aprobación unánime de sus habitantes, decidió cortar sus relaciones con el Gobierno Federal hasta que éste suspendiera la concentración de tropas y la invasión de Sonora, ya inminente.

Esta medida sólo fué defensiva y en ningún caso y por ningún concepto se ha pretendido separar el Estado de la República Mexicana, ni se ha pedido, ni se aceptará, la intervención extranjera para el arreglo de asuntos que son de nuestra absoluta incumbencia como mexicanos y que, en ningún caso, perjudican a los intereses extranjeros. Si después de ella ha venido la guerra civil, débese a Carranza que en vez de encontrar justa y legal la resolución del Congreso y Gobierno de Sonora o en último caso dirigirse a la Suprema Corte para resolver constitucionalmente el conflicto, ha preferido perseguir y encarcelar en todo el país a los miembros del Partido Liberal Constitucionalista y en general a todos los partidarios del General Alvaro Obregón, candidato del Partido a la Presidencia de la República para el próximo período, arrestando a este mismo benemérito ciudadano, sin razón alguna y con risibles pretextos, y declarar a Sonora una guerra de exterminio, acusando de traidor a su gobierno y amenazándolo con someterlo por la fuerza, como desde luego principió a hacerlo atacando al Estado por el lado de Sinaloa y concentrando fuertes contingentes militares, en las cercanías de Casas Grandes, cerca de la frontera de Chihuahua.

Lo único que se pretende es elecciones libres, para que así el país decida su suerte, entregando el Gobierno al hombre a quien con-

sidere más apto. Esto es lo que no ha querido aceptar Carranza y por eso, primero con su farsa de postular para la Presidencia de la República, por medio de sus empleados, al señor Bonillas, desconocido e impopular, y luego por medio de sus persecuciones y atropellos, ha provocado la guerra civil, para así evitar las elecciones y mantenerse en el poder. Si el Partido Liberal Constitucionalista presentó como su candidato al C. Alvaro Obregón, fué porque lo considera el más apto para el alto cargo de Presidente de la Nación y porque él representa las ideas progresistas del Partido; porque él implantaría las reformas, urgentemente reclamadas por el pueblo y que desde 1910 han constituido la bandera de la revolución. Se quiere establecer una administración eficiente y honrada que procure para el pueblo cultura y bienestar y que no se componga de un grupo de favoritos enriquecidos, insolentes y corrompidos, que no ven más que su provecho y a quienes nada importa el pueblo porque saben que a él nada le deben, sino que todo se lo deben a su amo y protector.



 **CONACULTA**

BIBLIOTECA DE MÉXICO

“JOSÉ VASCONCELOS”